

—¡Rayos y centellas!... yo he bufado, he bramado de cólera, he votado... ¡Cien legiones de diablos!... y nadie ha parecido por aquí que me traiga un médico.

—Anda, Diego, dijo Carlos; vé á buscar por ahí un médico, llégate á la taberna y allí te dirán donde vive alguno.

—¡Bien pensado!... ¡cien obuses!... jóvenes, sois mis amigos, y desde hoy el sarjento de guardias españolas, Marcos Boca-negra, es vuestro en cuerpo y alma. ¡Voto á Satanás!!!...

Y las dos robustas manos del sarjento estrecharon con tal fuerza las de los amigos, que casi se las descoyuntaron.

Y ahora, prosiguió, puesto que tan generosamente os habeis ofrecido á traer un médico, corred ¡voto á los cuernos del diablo!... y salvad á mi Angel.

—Voy á hacer cuanto esté de mi parte, repuso el pintor.

Y dió algunos pasos en dirección hácia la calle del Humilladero.

Pero en aquel instante se destacó un bulto de la pared y una voz sonora y vibrante preguntó:

—¿Qué se ocurre, caballeros?

—¡Calle!... ¡Alejandro!... no podías haber llegado en mejor ocasion.

—Acaso os hago falta?...

—Sí, decidnos dónde podremos encontrar un médico.

—Se ha puesto malo vuestro amigo?

—No; es otro pobre jóven á quien han herido, y que segun todas las apariencias ha de ser de gravedad.

—Veamos.

Y Alejandro se acercó al grupo que formaban el sarjento Carlos y Angel.

En aquel momento la luna que habia estado pugnando por separar las nubes que la impedian estender sus rayos, pudo vencerlas, y su pálido resplandor vino á iluminar tan sombrío cuadro.

El mozo de posada se arrodilló junto al herido que al contemplar sus facciones no pudo menos de hacer un movimien-

to de sorpresa, que pasó desapercibido para los presentes.

Agarró las manos de Angel y le pulsó como pudiera haberlo hecho el mejor facultativo.

Pero allí no encontró la vida que buscaba, y fué á tocarle las sienas, y el corazon.

Reinó durante algunos segundos un silencio particular.

Al cabo de ellos alzó Alejandro la cabeza.

—Vive, dijo con un acento en que se advertia alguna satisfaccion.

—Rayos y truenos!... Mil balas rasas!... ¿habeis dicho la verdad?...

—Sí, mi buen Marcos Bocanegra, respondió Alejandro.

—Voto á mi nómbral... ¿Me conoceis acaso?

—Hace ya mucho tiempo.

—Entonces... cien pases de cartucheras!... comprendereis si tendré interés por la vida de este jóven, asi Dios le salve y á mi me confunda!...

—Ayudadme á trasportarle aqui en casa de un amigo.

—Vamos allá.

Y los cuatro hombres cogieron con sumo cuidado al herido y se dirigieron hácia una casa inmediata.

Alejandro llamó de un modo particular á su puerta, y momentos despues se abrió permitiendõ el pase de tan extraño convoy.

La habitacion en que se encontraron era la tienda de una botica.

—Necesito que este jóven sea trasladado á una buena cama en una habitacion donde no se perciba ruido alguno.

—Ya sabeis, maestro, que podeis disponer de mi casa como gusteis, contestó el bolicario respetuosamente: podeis seguirme.

Subieron por una escalera al piso principal, y en lo más retirado de él se puso un lecho, en el cual fué depositado Angel.

Inmediatamente se puso Alejandro á reconocerle la herida.

Por fortuna los bordados del uniforme que llevaba, habian

impedido que el puñal de Simeon interesase alguna de las partes necesarias para la existencia, y si bien la herida era profunda, no habia lesion grave en la parte interior del pecho.

El cirujano más diestro y más escrupuloso, no hubiese sondeado mejor la herida y la hubiese limpiado más perfectamente que lo hizo el mozo de la posada del Tuerto.

Cárlos y Diego se dirigian de vez en cuando algunas miradas harto significativas.

En cuanto al improvisado cirujano, hizo la primera cura con la misma perfeccion que las demás operaciones preliminares, y dijo con un acento que hizo exhalar un tremendo voto á Marcos:

—El estado de este jóven es grave, pero no peligroso: confio en que dentro de quince ó veinte días se podrá levantar.

Tras esto el boticario trajo una bebida, merced á la cual el herido comenzó á dar señales de vida.

—¡ Voto á cien legiones de demonios!!!... exclamó de pronto el sarjento, ¿y con los caballos qué voy á hacer?...

—¿Pues dónde los teneis?

—Allí en la calle, amarrados á una reja; yo los habia traído para que nos marchásemos esta noche, cuando me lo encontré casi sin vida.

—Segun ha dicho el sarjento, dijo Cárlos, este jóven tenia amores por estos barrios.

—Ya lo sé; contestó Alejandro, y ahora que ya está mas tranquilo, podeis venir si gustais, y trataremos de averiguar lo que haya en esto.

—Sí; vamos allá: ¡Barbas de Satanás!!!...

—No: vos, Marcos, quedaos ahí junto al lecho de vuestro Angel mientras que estos señores y yo hacemos las averiguaciones necesarias.

—Pero, ¿y los caballos?

—No os cuideis de eso; lo que habeis de hacer es no hablar á el herido ni una palabra, y darle dentro de una hora la pocion que ahora os dejaré preparada.

Y Alejandro despues de cruzar algunas palabras con el

farmacéutico, y de arreglar el calmante que Felix habia de tomar, salió de la casa seguido de Cárlos y de Diego.

—¿Qué os parece, señores, les dijo, lo que acabais de ver?

—Que éste por lo visto ha sido el resultado de algunos celos.

—Tal vez algun otro amante desdenado... añadió el pintor.

—O acaso, acaso, una mujer enamorada, dijo Alejandro.

—Y ahora, ¿á dónde vamos?

—A la casa donde vive Blanca.

—¡Blanca!...

—Sí, la amada de ese jóven oficial.

Y los tres se acercaron á la puerta de la casa.

—Está abierto, dijo Diego.

—Y con señales de haber sido forzada la cerradura, añadió Alejandro, que la habia estado examinando con atencion.

—Subamos, señores, dijo Cárlos.

—Mucho me temo que aqui haya más de lo que parece, repuso Diego.

Subieron la escalera, y Alejandro exclamó:

—Tambien esta puerta ha sido abierta violentamente.

Penetraron en la estancia, y de una ojeada la abarcaron toda.

La luz estaba extinguiéndose, y á su débil claridad se veian las señales de la lucha que la jóven habia sostenido con sus raptores.

Alejandro se dirigió á el balcon y dijo á los dos amigos:

—Por aqui tambien han subido.

En esto se oyó la débil voz de la anciana, que decia:

—Blanca, Blanca, ¿estás ahí?

—No es Blanca, señora, se apresuró á decir Alejandro penetrando en la alcoba: soy yo que os traigo un recado de su parte.

—Me pareció haber oido hace un rato la voz angustiada de mi nieta, que pedia socorro.

—Tal vez soñaríais: vuestra nieta se encuentra en casa de la duquesa del Bosque, que como es tan caprichosa, quiere es-

trenar mañana un traje, y ha enviado á llamar á Blanca.

—Y... ¿deciais que me traiais un recado de su parte? preguntó la anciana fijando sus debilitadas pupilas en el rostro de Alejandro.

—Si señora, vuestra nieta no puede venir esta noche porque está trabajando en casa de la duquesa, y me encarga os diga que no paseis cuidado por ella, que dentro de un momento vendrá una de las doncellas de la duquesa á cuidaros y asistiros durante su ausencia.

—Pues qué, ¿tan larga va á ser?

—Ya sabeis lo que es la señora, y conforme puede dejar libre á Blanca mañana, puede retenerla á su lado seis ú ocho dias.

—Siendo verdad lo que me decís, respiro, porque os aseguro que he pasado un miedo terrible.

—¿Por qué? preguntó Alejandro con interés.

—Porque os vuelvo á repetir que me pareció haber oido la voz de Blanca pidiendo socorro, y otras voces más broncas que la amenazaban; mi nieta lloraba, y aquellos hombres sin piedad la rechazaban brutalmente.

—¿Y despues?

Despues todo quedó en silencio.

—Vamos, tranquilizaos, porque vuestra nieta está con toda seguridad en la casa que os he dicho.

—¡Oh! ¡gracias Dios mio! dijo la anciana con efusion.

—Y ahora permitid que me retire, y dentro de un instante vendrá la jôven que os he indicado.

Los tres jôvenes abandonaron la estancia, y cuando estuvieron en la calle, el mozo de la posada dijo á los dos amigos:

—Esto es más grave de lo que yo habia pensado; Blanca ha sido robada, y la misma mano autora de ese rapto, ha sido la que ha herido á su amante.

—¿Y á quién pertenecerá esa mano?

—Eso es lo que necesitamos averiguar.

—¿De qué manera?

—Ese es mi secreto: seguidme, y veremos lo que se puede hacer.

CAPITULO IV.

Cárlos y Diego continúan de sorpresa en sorpresa.—Entrevista de dos amigos.—Junta general de «Los amigos del pueblo.»

I.



CABABA de dar la una de la madrugada.

Los dos jóvenes iban demasiado preocupados para decir una palabra.

Todo lo que veían en Alejandro era tan extraordinario que no acertaban á penetrar quién era aquel hombre.

Aunque su traje era el de la gente del pueblo de la clase más inferior, había cierta elegancia en la manera de llevarlo.

Sus modales y su conversacion estaban muy poco en armonía con la posicion que ocupaba, y en su fisonomía había mucho de altivo, de noble y de delicado, que formaba un extraño contraste con su traje y con la sociedad en que vivía.

Alejandro era joven.

Tendría á lo más veinte y ocho años.

— Unos ojos negros se asentaban sobre un rostro ligeramente moreno; un bigote negro y rizado encubría levemente unos labios no muy gruesos, que encerraban unos dientes tan iguales y tan pequeños como los de un niño.

Sus cabellos eran del mismo color que el bigote, y su cuerpo airoso y esbelto como el de una mujer.

Era lo que se llama un hombre hermoso.

Pero observándolo detenidamente, se adivinaba en los surcos que había en su frente, que los dolores habían amargado muchísimo aquella existencia.

Tal era á grandes rasgos el retrato físico de aquel ser extraño, cuya vida era un problema que nadie había podido resolver.

Mientras iba andando seguido de los dos jóvenes, sus cejas se habían fruncido y sus labios se agitaban convulsivamente.

Diríase que una emoción extraordinaria le estaba haciendo padecer horriblemente.

Cárlos y Diego preocupados con sus pensamientos no podían advertir la transformación que se había operado en el rostro de Alejandro.

De esta manera llegaron á la puerta de Moros.

Allí alzó el mozo del meson la cabeza: por medio de un esfuerzo supremo, dió á su semblante la misma expresión que tenía cuando los jóvenes le habían visto.

—¿Dónde vamos por aquí? preguntó Diego.

—A mi casa y á la vuestra, señores.

—¡A vuestra casa!...

—Tengo que hacer en ella ántes de ir al sitio donde quiero llevaros.

—Pues qué, ¿no vamos á averiguar alguna cosa respecto á esa pobre jóven de cuya casa veníamos? preguntó Cárlos.

—Esta visita que voy á hacer á mi casa, está íntimamente ligada con nuestro deseo.

En este momento se detuvo Alejandro.

Estaban delante de una casita cuya apariencia era bastante mezquina.

El guía de los dos artistas se detuvo en la puerta.

Dió un silbido, é inmediatamente se oyó una voz dulcísima de muger que decia:

—¡ Ya está ahí !...

Cárlos y Diego se miraron en medio de la oscuridad.

La puerta se abrió, y apenas puso Alejandro el pié en el portal, una muger se arrojó en sus brazos diciéndole de una manera encantadora:

—¡ Siempre tan tarde, Alejandro !...

—¡ Isolina !... la dijo éste rechazándola con dulzura ¿ tú no has reparado ?...

Y la indicó á los dos amigos, que contemplaban asombrados aquella escena.

La jóven se ruborizó extraordinariamente, y haciendo un gesto de adorable confusion, subió precipitadamente por una escalerita, desapareciendo por ella.

—No os podeis quejar, señor Alejandro, le dijo el poeta; teneis la muger más linda que he visto.

—Es el ángel de mi hogar, contestó con pasion el mozo de la posada.

—¿ Y es vuestra muger ?... dijo Diego.

—Dispensadme, señores, pero ya os he dicho que tengo mis secretos, y os ruego los respeteis.

—Teneis razon, contestó Cárlos, ha sido una imprudencia por nuestra parte, y creemos que nos la disculpareis...

Alejandro por toda respuesta tendió sus dos manos á los dos jóvenes, invitándoles al mismo tiempo á que subiesen por la escalera por que habia desaparecido Isolina.

En el final de ella habia dos puertas.

Cárlos quiso inclinarse á la de la izquierda, pero Alejandro se interpuso diciendole:

—Por aquí, amigo mio, por aquí.

Y penetraron los tres por la de la derecha.

La habitacion á que daba paso ésta, sorprendia desde luego por la extrañeza de sus adornos.

Las paredes estaban forradas de terciopelo de Utrech.



Del oscuro fondo de ellas, se destacaban diez y seis retratos de cuerpo entero pertenecientes á varias damas y caballeros de diversas épocas.

Entre ellos habia arzobispos, guerreros y jurisconsultos.

Entre ellas habia monjas, y damas de las reinas.

Desde Carlos II hasta Carlos IV, estaban representados todos los reinados que hubo por medio.

En el fondo de la sala se veia un retrato solo.

Era un caballero grave y altivo de la córte de Carlos III.

Sobre su frente se veia una señal de profunda tristeza.

Debajo de este retrato se veian las insignias de dos órdenes extranjeras, y un escudo de armas.

Debajo de este habia cruzadas una daga y una espada.

Las empuñaduras de éstas no tenian nada de particular.

Las hojas eran toledanas, y las empuñaduras de tazas de acero bruído.

Parecian armas de combate más bien que de córte.

Aquella figura era la que más llamaba la atencion al penetrar en la estancia.

Alejandro dijo á los dos amigos, señalándoles dos sillones con molduras, forrados de terciopelo como las paredes:

—Si me haceis el obsequio de sentaros, tendreis la bondad de esperarme algunos instantes.

—Haced lo que gustéis, le contestó Diego, estamos en vuestra casa y podeis disponer de nosotros como mejor os plazca.

—Entonces, con vuestro permiso...

Y Alejandro dió algunos pasos y desapareció por la puerta de la habitacion.

II.

Los dos amigos se quedaron algunos momentos contemplándose en silencio.

Por fin Diego lo rompió diciendo:

—¿Qué te parece de esto, Carlos?

—Que es tan extraño todo cuanto nos está pasando esta noche, que no ceso de preguntarme si es un sueño, ó una realidad.

—Y de este Alejandro ¿qué piensas?

—Nada.

—¿Cómo nada?

—Porque todo cuanto pensára sería aventurado: es un hombre-misterio, que tenemos que dejar al tiempo que nos lo aclare.

—¿Tú has mirado bien todos esos retratos? dijo al cabo de breves instantes el pintor á su amigo.

—Sí, ahora mismo estaba ocupándome de eso.

—¿Y no adviertes una semejanza extraordinaria entre ellos y Alejandro?

—Sí, parecen una coleccion de retratos de familia.

—Y lo son: cuanto más los miro, más me convenzo de que estos son los ascendientes del hombre que tanto nos preocupa.

Y de esta manera siguieron hablando aun hasta que la presencia del dueño de la casa vino á interrumpir su conversacion.

.....
 Cuando Alejandro se separó de los dos jóvenes, penetró por la otra puerta que habia á la izquierda de la escalera.

Sentada sobre un sillón de terciopelo carmesí, estaba Isolina.

Alejandro habia dicho momentos ántes que ella era el ángel de su hogar, pero positivamente el rostro de la jóven habia sido arrebatado á algun serafín.

Figuráos unos ojos de color de cielo en las primeras horas de la mañana, asentados sobre un rostro de armiño.

Encubrid un poco el brillo de sus pupilas por unas espesas y largas pestañas rubias.

Fijad en ese semblante fino y transparente una nariz admirablemente modelada, una boca de niña y una barba arrancada sin duda de alguna estatua griega.

Rodead este semblante divinamente encantador de espesos cabellos del mismo color que las cejas y las pestañas, y tendreis una idea de Isolina.

Y si á esto añadís una tinta de candor y de inocencia esparcida por el rostro de aquella muger, vereis cómo efectivamente tuvimos razon cuando dijimos que era un ángel.

Cuando Alejandro entró en la habitacion volvió vivamente la cabeza.

Un ligero carmin se esparció por sus mejillas.

Levantóse precipitadamente, y cogiendo las manos del jónen, le preguntó con un acento tan suave como los murmullos del aura entre las flores:

—¿Te has incomodado, Alejandro?

—¿Por qué, angel mio?

—Por haberme presentado ante esos amigos tuyos.

—No, Isolina, pero las expansiones del alma no pueden, no deben verlas más que los que las inspiran y los que las sienten; los ojos profanos no las comprenden y tal vez se burlan de ellas.

—Pero esas gentes no tendrán ni alma ni sensaciones.

—Las tenian como tú.

—Entonces...

—La sociedad se las ha secado, contestó con acento profundo el jónen.

—¡Oh! entonces haces bien en que nosotros no penetremos jamás en ella.

Y la bella niña se estrechó fuertemente al brazo de Alejandro con un movimiento lleno de terror.

—Pierde cuidado, Isolina, te amo demasiado para exponerte á semejantes disgustos. Pero dejemos eso y hablemos de otra cosa. Necesito que inmediatamente vayas á ver á Amelia.

—¡A Amelia!...

—Sí, ésta noche han herido á el capitan Angel Espinosa en la puerta de la casa de su amada.

—¿No es ese capitan del que Amelia estaba enamorada? preguntó Isolina.

—Sí; pero él amaba á otra muger, y esta ha sido robada esta noche.

—¿Qué dices?

—No puedé haber hecho todo esto más que la mano de una muger celosa, y eso es lo que quiero que trates de averiguar de la duquesa.

—Ya sabes, Alejandro mio, que no tengo más voluntad que la tuya.

—Escúchame bien: es necesario que sepas dónde han llevado á la jóven, ó en su defecto, de qué personas se ha valido la duquesa para verificar este raptó.

—Serás obedecido.

—Además, Antonia es menester que vaya inmediatamente acompañada por Pedro, á una casa cuyas señas daré yo á él, y que diga que va de parte de la duquesa del Bosque á cuidar á una anciana... pero esto será mejor que yo se lo diga á ella misma: hazme el favor de llamarla.

Efectivamente, la jóven se dirigió á una puerta que habia en un extremo del aposento, dió una voz y se presentó Antonia.

Alejandro la esplicó lo que habia de hacer, y despues de recibidas las instrucciones necesarias, la jóven volvió á retirarse á una indicacion del dueño de la casa.

Este é Isolina quedaron solos.

—Ahora voy á salir tambien, la dijo Alejandro: despues que hayas despachado tu comision, la duquesa y tú os marchais en casa de Manuela, no sin que ántes hayas enviado un recado á Mercedes para que tambien acuda al mismo sitio.

—¿Pero es que la ha sucedido algo? preguntó anhelante la jóven.

—¡Demasiado!... tratad de consolarla, y esperadme allí.

—¿Te vas ya?

—Sí, y desearé que tú hagas lo mismo; dispon que te arreglen la silla de manos, y Dios quiera que tenga buen resultado tu comision.

—¿Conque tú irás á la casa de Manuela?

—Si; adios, ángel mio, hasta despues.

—Adios, Alejandro.

Y la niña acercó su frente hasta los lábios de Alejandro.

A los pocos instantes el mozo del meson se reunia con los dos amigos, y los tres abandonaban la casa de Puerta de Moros.

III.

La duquesa del Bosque acababa de llegar á su palacio de la calle de Don Pedro.

Habia estado en un baile que dió el embajador de Francia para solemnizar una de las victorias conseguidas por Napoleon.

La duquesa habia estado en el baile más preocupada que de costumbre.

Las amigas habian notado la excesiva palidez que cubria sus facciones, y en vano habian tratado de encontrar la causa, preguntándosele á ella.

Amelia, pues ya sabemos que así se llamaba, eludía con una destreza maravillosa todas las indirectas, y contestaba sonriéndose como siempre, que no tenia nada.

Y sin embargo, aquella noche sus manos estaban abrasando, sus labios calenturientos, y ardia su frente.

De cuando en cuando su mirada brillaba, y su inquieta pupila se fijaba en las puertas de los salones.

Casi todo el mundo advertia la febril escitacion de la jóven, y se preguntaban qué causa podria motivarla.

Nadie la sabia, pero nuestros lectores la habrán adivinado.

Aquella noche era la destinada para el rapto de Blanca.

Y en situaciones tan supremas, nadie es capaz de poder dominar las sensaciones que se experimentan.

La duquesa hubiera dado cualquier cosa por no asistir aquella noche al baile.

Pero esto tal vez se hubiese tomado como un desaire, y

eran aquellas circunstancias muy críticas para dejar siquiera que se pudiera entrever semejante idea.

Por esta razon no pudo evadirse de asistir, y sufrió horriblemente en todo el tiempo que estuvo allí.

Cuando regresó á su palacio, lo primero que preguntó á su doncella favorita, era si habia ido alguien á buscarla.

Pero la respuesta fué negativa, y la enamorada beldad sintió oprimirse su corazon por un triste presentimiento.

Esperaba con impaciencia la llegada de Simeon, pero era imposible que esto sucediese porque el rufian estaba en el camino de Toledo escoltando el carruaje en que iba Blanca.

La duquesa no se acordaba ya que le habia encargado que entregase una carta á la superiora de las capuchinas, y Simeon tenia una probidad especial para cumplir todos los encargos que se le hacian respecto á el crimen que habia de cometer.

Ya habia transcurrido algun tiempo desde que la dama habia llegado á su casa, cuando Angeles se presentó con una carta en una bandeja de plata.

—Esto acaban de traer para V. E. dijo la doncella.

—¡Oh! ¡Gracias á Dios!

Y la duquesa cogió temblado de emocion la carta.

La abrió y en caractéres colosales y mal trazados leyó lo siguiente:

«Señora: la inocente paloma ha caido ya en las garras del gabilan.

»Un acontecimiento inesperado ha producido una desgracia que ya sabrá S. E. cuando yo la vea.

»En este momento voy camino de Toledo á concluir de despachar mi comision.»

Tras estas palabras seguia el nombre del raptor de Blanca, y su firma.

Volvióse á quedar pensativa la duquesa despues de la lectura de aquella misiva, y al cabo de algunos momentos se la oyó decir:

—¿Qué habrá sido esa desgracia de que me habla Simeon? Si hubiese sido respecto á ella, no se habrian puesto en cami-